

A woman with long blonde hair, wearing a light-colored bikini, is walking on a sandy beach. She is carrying a white surfboard under her left arm. The background shows the ocean with waves and a cloudy sky.

LOS
ÁNGELES
NO TIENEN
HÉLICES

Mercedes Alonso



Mercedes Alonso

LOS
ÁNGELES
NO TIENEN
HÉLICES



LOS ÁNGELES NO TIENEN HÉLICES

© Mercedes Alonso, 2016
© Cristal, 2016
Fotografía de portada: Thinkstock
Fuencarral, 70, 28004
Madrid (España)

Primera edición: marzo de 2016

IBIC: FRH
ISBN: 978-84-15611-32-5
e-ISBN: 978-84-15611-33-2
Depósito legal: M-7.490-2016

Impreso en España - Printed in Spain
Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización escrita de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

“Descubrí el secreto del mar meditando
sobre una gota de rocío.”
Antonio Machado

Prólogo

A los catorce años descubrí el grupo *El Último de la Fila*. Sus canciones me acompañaron mientras soñaba despierta, mientras escribía poemas, mientras me fijaba en aquel primer chico de ojos azules que me hacía sentir especial cuando me miraba. Crecí con su música, con las letras que parecían narrar cómo me sentía en cada momento, con aquellas palabras que, unidas, sonaban a poesía y me permitían viajar a un lugar lejano, "lejos de las leyes de los hombres, donde se diluye el horizonte".

Aquella voz me acompañó en los mejores y peores momentos de mi vida, estuvo presente en los días en los que el amor llegó, "entras sin llamar, no te esperaba y el azar como una trampa te tendió en mi camino", en los que conocí el desamor, "dime que fue verdad, que hubo un sendero aquí, que también yo ando perdido"... Y me acompañó durante mi embarazo, el nacimiento de mi hijo, a cada paso, trayéndome hasta el presente.

La voz de Manolo García, su música, la letra de cada una de sus canciones, seguirán estando en mi vida para siempre. También mientras escribo, cuando me animo, cuando me desanimo, cuando creo que nada es posible y cuando pienso todo lo contrario. Y están y estarán en mis libros, de alguna manera habrá un pedacito en cada una de las cosas que escriba. El título de los capítulos de esta novela es un

ejemplo. Yo no podría hacerlo mejor que él, el único, el maestro, el poeta.

Vestido de hombre rana

Aquel verano cambió mi vida para siempre.

Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de unos días de vacaciones debido a los continuos cambios de trabajo. Durante dos años había ido encadenando un contrato precario tras otro en diferentes empresas de manera que los horarios, un salario digno y vacaciones, pasaron a ser algo utópico. Pero mi suerte pareció cambiar de pronto, cuando en la última empresa que me habían contratado hacía seis meses decidieron hacerme fija y, además, me dieron un mes entero de vacaciones.

No era el trabajo de mi vida, ni siquiera me gustaba, pero era mucho más de lo que esperaba. Al final te acostumbras a la precariedad y cualquier cosa que supere tus bajas expectativas termina pareciéndote un regalo.

Para celebrarlo, mis amigas y yo decidimos alquilar una casa en Los Caños de Meca, Cádiz. Por supuesto, lo hicimos en el último momento, que era como siempre solíamos hacer las cosas, pero la suerte estuvo de nuestro lado y encontramos la casa ideal en el lugar ideal. Y así fue como, en cuanto el calendario marcó el inicio del mes de agosto, hicimos las maletas y partimos rumbo a La Costa de la Luz en busca de un cambio de aires y un poco de diversión.

Al principio íbamos a ser cinco: Sofía, Lucy, Marisol, Marta

y yo. Pero en el último momento Marta decidió quedarse en Madrid con su último novio, un niño al que había conocido apenas un mes antes y que, por lo que contaba, era un absoluto imbécil. Sinceramente, no me importó que no viniera. Marta era amiga de Lucy, se habían conocido en la Universidad cuando ambas estudiaban Filología Inglesa convirtiéndose en inseparables, pero lo cierto era que yo no sentía demasiada simpatía por ella.

El resto nos habíamos conocido a los trece años en el equipo de baloncesto del barrio del que las cuatro formábamos parte y, desde entonces, nuestros caminos no habían vuelto a separarse; al menos no durante demasiado tiempo.

Sofía era la atrevida, Lucy la responsable, Marisol la soñadora y yo la indecisa. Eso era lo que decían de mí mis amigas. Pero nos entendíamos bien y nos apoyábamos en los momentos difíciles, que es cuando realmente se demuestra lo que significa ser una verdadera amiga.

Aquel verano todas estábamos solteras y sin compromiso. Sofía porque no quería comprometerse, Lucy porque era muy exigente, Marisol porque buscaba un príncipe azul que solo existía en sus sueños y yo porque tenía muy mala suerte con los hombres. De hecho, hacía solo unas semanas que Fran me había dejado. Por lo visto, aunque yo no lo sabía, nuestra relación era puramente sexual, y en cuanto se cansó de mí y encontró a otra dispuesta a meterse en su cama me dejó con un: "Ha sido divertido, pero se acabó". Solo le faltó añadir: "Buenas noches y buena suerte".

La casa que habíamos alquilado estaba muy cerca de la playa. Tenía cuatro dormitorios, dos baños completos, una amplia cocina, un salón y un jardín muy coqueto que conta-

ba con mobiliario de teca, barbacoa y un toldo automatizado que se recogía al levantarse el viento y se extendía cuando salía el sol.

Nuestros planes eran bastante sencillos: pasar el día en la playa, darnos largos baños en el mar, tomar el sol y salir alguna noche a conocer los locales de la zona. El ambiente que se respiraba en aquel lugar era alegre y festivo, y aunque no hiciéramos nada excepcional, el hecho de estar allí juntas era más que suficiente. Atrás quedaban el largo invierno, las maratónicas jornadas de trabajo y los apretados horarios.

Llevábamos allí cinco días y estábamos en la playa, tomando el sol mientras nos refrescábamos con un tinto de verano y dormitábamos a ratos mecidas por el sonido de las olas. Para mí, aquello era el paraíso después de dos años enteros sin pisar el mar. Era curioso, porque a pesar de haber nacido y crecido en Madrid necesitaba el océano cerca de mí, y mi sueño siempre había sido poder trasladarme algún día a cualquier lugar cerca del mar. Apenas podía dejar de suspirar, me sentía completamente satisfecha y no necesitaba nada más para ser feliz. Al menos, eso era lo que yo pensaba.

—Apuntémonos a clases de surf —dijo de pronto Sofía.

—¿A clases de surf? —pregunté con curiosidad—. Ni siquiera soy capaz de mantener el equilibrio sobre un patinete, así que imagínate sobre una tabla.

—Podría resultar una actividad divertida y diferente —opinó Marisol.

—Y los monitores de surf están todos como un tren —señaló Lucy.

—Hagámoslo —nos animó Sofía—. Ya sé que hemos veni-

do a descansar, pero estar todo el día tirada en la playa empieza a ser aburrido. Necesito un poco de aventura. Todas necesitamos un poco de aventura, ¿no creéis?

—Yo no necesito ninguna aventura, así estoy perfectamente —les dije dando un sorbo a mi bebida.

Y lo estaba. Tumbada sobre la toalla, con las gafas de sol y una gorra con visera, el tinto de verano en a la mano derecha y un montón de comida en una bolsa.

—Somos tres contra una —dijo Marisol—. Tú pierdes y nosotras ganamos.

—¿De verdad queréis hacer el ridículo? Porque es lo único que vamos a conseguir —les advertí—. Si queréis chicos guapos, solo tenemos que buscarlos. Hay cientos de tíos buenos en alguna parte.

—¿Tú te has fijado en los monitores de surf? —me preguntó Lucy abriendo los ojos como platos—. Confieso que el traje de neopreno sobre esos cuerpos musculosos me vuelve completamente loca.

—Venga, Olivia. Solo serán una o dos horas al día y después podrás seguir tumbada hasta que se te quede el culo cuadrado —intentó disuadirme Sofía.

—Entonces, ¿todas de acuerdo? —Marisol estaba completamente convencida de llevar a cabo aquella locura, a pesar de que ella era la menos atrevida del grupo.

—¡Yo no!— exclamé sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. Me niego a ponerme uno de esos trajes y parecer una morcilla.

—¡Tú te callas! —me ordenó Sofía—. Hemos venido a divertirnos y eso es lo que vamos a hacer.

El traje de neopreno era un auténtico suplicio y casi había necesitado la ayuda de un calzador y al menos cuatro ma-

nos más para meterme dentro. La sangre no me circulaba allí donde me cubría, aunque por fortuna era corto y dejaba al descubierto brazos y piernas. Me sentía incomoda y ridícula y, por si fuera poco, el profesor de surf me había caído mal nada más verle. Estaba claro que era un ligón engreído que estaba acostumbrado a que las mujeres fueran tras él dejando un rastro de saliva a su espalda. La forma en que me había mirado de arriba abajo me había incomodado; daba la impresión de que estaba comprobando el material antes de probarlo. Lo llevaba claro si pensaba que iba a poner sobre mí un solo dedo. Antes muerta.

Había huido durante toda mi vida de los hombres que pensaban que eran el "no va más" y que las mujeres debíamos estar agradecidas porque nos dedicaran un minuto de atención. Después, en la intimidad y sin público ante el que pavonearse, solían ser personas decepcionantes tanto fuera como dentro de la cama.

Salí del cuartucho que hacía las veces de cambiador en el interior de una caseta a pie de playa, embutida, literalmente, en el traje de neopreno, y Enzo, que así se llamaba el monitor, posó de nuevo sus ojos sobre mí de forma descarada y torció la boca con una media sonrisa de aprobación.

Mis amigas parecían un grupo de gallinas cloqueando a su alrededor y desfilaban delante de él sin ningún pudor mostrándole a Enzo lo bien que les quedaba el traje, pero él parecía tener ojos solo para mí.

La verdad es que era un hombre muy guapo, con el pelo rubio y un poco largo, unos ojos verdes y rasgados que le daban aspecto felino, y unos labios delgados, pero que en aquella cara quedaban perfectos. Su cuerpo parecía tallado bajo el neopreno y se adivinaba una musculatura muy tra-

bajada por el ejercicio que, sin duda, llevaba años practicando. Era el típico surfista *buenorro* que podía verse en las películas, pero no era mi tipo.

—¿Preparadas? —nos preguntó Enzo.

—Por supuesto —dijeron mis amigas al unísono, con una sonrisa de oreja a oreja y aleteando las pestañas con coquetería.

—Primero enceraremos las tablas —nos informó él.

—¿Cómo dices? —pregunté con perplejidad—. ¿Prendes cobrarnos por enseñarnos a encerar una tabla?

—Forma parte de la clase. Encerar la tabla correctamente es muy importante —me explicó.

—Estoy aquí para recibir clases de surf y no para encerar la tabla y quitarte trabajo a ti —le espeté—. Ni que esto fuera *Karate Kid*. “Dar cera, pulir cera” —me burlé moviendo las manos en círculos.

—¡Deja de quejarte! —me regañó Sofía—. Vamos, Enzo, enséñanos a encerar la tabla. —Y Sofía volvió a aletear las pestañas sonriendo como una tonta.

—Aquí tenéis la parafina —nos indicó él mostrándonos algo que tenía el aspecto de un borrador gigante—. Y esto es lo que debéis hacer.

A continuación, Enzo comenzó a frotar la parafina contra la tabla y todas le miramos atentamente. Bueno, todas menos yo, que tenía cosas mejores que hacer, como, por ejemplo, morirme de envidia al ver a la gente tumbada tranquilamente en la playa o nadando en el mar.

—¿Lo has entendido? —La voz de Enzo, muy cerca de mi oído, me hizo dar un respingo.

Me incomodaba su cercanía y di un par de pasos hacia un lado para alejarme de él.

—Por supuesto —respondí, arrancándole aquella cosa de la mano.

Él sonrió, cogió mi mano y comenzó a moverla sobre la tabla lentamente, dibujando pequeños círculos. Mi intención era apartar mi mano de la suya y separarme de él, pero aquel ejercicio tenía algo que consiguió serenarme y me dejé llevar sin esfuerzo.

—¿Lo ves? —susurró en mi oído—. Hay que aplicar la cera en las zonas donde se necesita más agarre.

“¿Agarre?”, pensé mientras notaba el contacto de su mano sobre la mía. A pesar del calor que sentía dentro de aquel traje, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Enzo debió notarlo porque emitió una suave carcajada y con la mano izquierda apretó mi cuerpo contra el suyo. Pude notar la dureza de sus músculos contra mi espalda y también la dureza de otro musculo que se encontraba mucho más abajo.

—Me ha quedado claro —me impacienté—. Clarísimo —repetí empujándole lejos de mí—. ¿Por qué no empezamos ya?

—¿Listas? —preguntó Enzo dando una palmada.

—¿Podrías supervisar mi tabla? —La voz de Sofía sonó sugerente y, más que pedir, invitó a Enzo a supervisar algo que no era precisamente la tabla.

Él se acercó a ella y observé cómo mi amiga le cogía la mano y la colocaba sobre la tabla para después deslizar la suya a lo largo del brazo de Enzo. Sofía estaba jugando sus cartas, pero Enzo, que debía estar acostumbrado a episodios como aquel, no pareció darle la menor importancia.

—¡Perfecto! —le indicó él—. Y ahora llega la mejor parte.

Seguimos a Enzo hasta la orilla arrastrando las tablas de surf y nos colocamos entre las banderas que delimitaban la

zona de actividades acuáticas. Enzo nos dio una pequeña charla sobre las corrientes, las rocas o cómo colocar la tabla y después hicimos algunos ejercicios de calentamiento, y practicamos cómo ponernos de pie y cómo colocar los pies sobre la tabla antes de ir al agua. Entonces comenzamos la clase práctica.

Nos adentramos en las frías aguas del Atlántico arrastrando las tablas hacia el interior. Al principio no seguí las indicaciones de Enzo y me limité a tumbarme sobre la tabla como si fuese una colchoneta, dejándome mecer por las olas, pero cuando vi que mis amigas hacían sus primeros progresos y además parecían divertirse, la Olivia competitiva que habitaba en mí despertó de su letargo y me sumergí de lleno en aquel nuevo reto. Tumbada sobre la tabla, remé con los brazos, observé cómo rompían las olas y la corriente y esperé el momento adecuado para practicar lo que habíamos hecho antes sobre la arena. Intenté una y otra vez ponerme en pie sin demasiado éxito, pero nunca me había rendido y me prometí que, cuando las vacaciones llegaran a su fin, los misterios del surf habrían sido desvelados.

Enzo, consciente de mi nueva actitud, me ayudó cada vez que caía al agua o perdía la tabla y era arrastrada por la corriente. En cada ocasión, su cercanía, sus leves roces y su voz grave y susurrante muy cerca de mi oído, provocaban sensaciones que no lograba identificar o que, tal vez, no quería identificar. Los hombres no estaban entre mis entretenimientos de aquel verano, acababa de finalizar una relación y lo que menos me apetecía era sumergirme en otra y complicarme la vida una vez más.

—¡Vamos, Olivia! —gritaba Sofía desde fuera del agua—. ¡La clase ha terminado!